

Momo se despide de su amigo cuando ya ha comenzado a amanecer. Habían permanecido casi dos horas sentados en la plaza de Alonso Martínez hablando de música, que era la pasión de su colega. Por ese motivo trabajaba en ese bar, ya que entre semana pasaban por allí las mejores bandas de jazz y de blues del mundo. A veces incluso le permitían tocar un ratito la batería con ellos. Qué tendría la música para ser capaz de llenar toda una vida, se preguntaba mientras Marcos le contaba emocionado sus experiencias con músicos de los que él ni siquiera había oído hablar, y dudaba que volviera a escuchar alguna vez sus nombres. Se diría que en ese sentido aquel era el rincón más neoyorkino de la ciudad, aunque los fines de semana se convertía en un garito vulgar lleno a rebosar. Como tenía cierto renombre, los que iban allí los sábados a beber, esnifar y ligar, se consideraban gente con clase. Según su amigo eran treintañeros de familias adineradas con buenos puestos de trabajo que venían con ganas de tirarse a quien fuera. Al parecer las mujeres, las típicas rubias de bote, iban derechas a por él. Según se las describía, eran igualitas a los modelos femeninos que promocionaba la revista en la que trabajaba; es decir egoístas, despiadas y agresivas, buscando sexo al estilo de la serie americana favorita de todas ellas. Luego estaban los hombres, más tranquilos pero tan sólo en apariencia, dado que el hecho de tratarse de expertos cazadores de carne humana durante siglos les había vuelto taimados, aunque el brillo lascivo de sus miradas también asustaba. El dueño lo tenía clarísimo, por un lado estaba su pasión por la música que le costaba dinero de su bolsillo, ya que la ciudad no era aficionada a esos estilos musicales, pero por otro aprovechaba la afición del personal al ligoteo para compensarlo. Así que los fines de semana empleaba a los camareros como carnaza para nutrir a las fieras, y así salía de allí su amigo, destrozado física y moralmente. Se habían conocido en el colegio y siempre se llevaron bien, aunque sus vidas poco tenían en común. Si la suya podía considerarse de lo más común: padres normales, carrera, trabajo y matrimonio; la de Marcos parecía un tango. No en vano su madre era argentina, aunque de origen español, casada con un italiano del que pronto se separó y luego se vino a Madrid. Trabajaba de modista, y su único hobby era hacerle la vida imposible a su hijo. Entonces, para no tener que escucharla, había comenzado a refugiarse en la música. De adolescente se pasaba el día metido en Madrid Rock o tocando la batería. Y así había seguido hasta que un buen día se enamoró. Él había presenciado aquel momento tan crucial en la vida de su amigo. Se habían ido de Interrail por Italia, haría ya más de diez años de aquello. Estaban tirados en la plaza de San Marcos, fumando porros tranquilamente, cuando una chica guapísima con acento argentino se acercó a pedirle fuego. No sabía lo que le había sucedido, pero se quedó como en trance. Ella dejó a sus amigas, se les unió aquella tarde, y luego por la noche. Al día siguiente, cuando fueron a dormir a la playa, ellos desaparecieron. Tras aquel fulminante flechazo, se marchó a Buenos Aires; pero luego, cuando todo se fastidió por allí, regresaron a Madrid. Ella trabajaba, pero él se empeñaba en llegar a vivir de la música, lo cual le parecía bastante egoísta por su parte, y no le extrañaba que hubieran terminado mal. Al menos a mí me va bien con mi mujer gracias a que tengo un empleo fijo, considera mientras se despiden con un apretón de manos.